

## “Conócete a ti mismo” (Fragmentos)

Porfirio

¿Cuál es el sentido, cuál es el autor del precepto sagrado que está inscrito en el templo de Apolo y que dice a cuantos vienen a implorarlo al Dios: “*Conócete a ti mismo*”? Significa, parece, que el hombre que se ignora a sí mismo no sabrá dar a Dios la adoración conveniente ni obtener lo que implora. Sea que el precepto, útil para el hombre en todas las circunstancias de la vida, tenga por autora a Fenomoeé, que pasa por haber sido la primera en transmitir a los hombres los oráculos de Apolo, o a Fanotea, hija de Delfos; sea que Bías o Tales o Quilón lo hayan escrito en el templo por inspiración divina; sea que Quilón, como pretende Clearco, haya pedido a Apolo lo que fuera más útil aprender a los hombres y haya recibido por respuesta “Conócete a ti mismo”; sea que este precepto estuviese inscrito en el templo antes de la época de Quilón, como dijo Aristóteles en sus libros sobre la filosofía; en cualquiera de estos casos, Jámblico, sea cual sea la opinión sobre el origen de este precepto, se debe admitir que como está inscrito en el templo de Delfos, ha sido o dicho o inspirado por el Dios. Nos queda examinar lo que significa y lo que el nombre de Apolo nos prescribe hacer después de purificarnos con el agua lustral.

[...]

Puede ser que el precepto “Conócete a ti mismo” equivalga a “Sé templado”, es decir, “Conserva la sabiduría”, porque la templanza es una especie de conservación de la sabiduría. En este caso, Apolo hablaría de la sabiduría y de la causa de la sabiduría al prescribirnos que nos conservemos a nosotros mismos. Si tal es el pensamiento del Dios, debemos conocer cuál es nuestra esencia. Otros filósofos, que admiten que el hombre es un microcosmos, dicen que el precepto de Apolo manda sin duda conocerse a sí mismo, pero que, siendo el hombre un microcosmos, el mandato de conocerse a sí mismo equivale a entregarse al estudio de la filosofía. Si queremos entregarnos al estudio de la filosofía sin extraviarnos, apliquémonos a conocernos a nosotros mismos y llegaremos a la recta filosofía elevándonos desde la contemplación de nosotros mismos a la contemplación del universo. Sin duda es correcto concluir de aquí que está en nosotros todo cuanto está fuera de nosotros, y que después de que nos busquemos y encontremos a nosotros mismos, pasaremos fácilmente a la contemplación del universo. Puede ser, no obstante, que Apolo nos ordene estudiarnos a nosotros mismos, menos para llegar a poseer la filosofía que para alcanzar un fin más relevante, aquél por el que estudiamos la filosofía misma. En efecto, si nos aplicamos a la filosofía, se debe a que tenemos inclinación por la sabiduría y que amamos la especulación. De modo que el celo que ponemos en cumplir el precepto “Conócete a ti mismo” nos conduzca al verdadero bien, que tiene como condiciones el amor de la sabiduría, la contemplación del Bien –que es fruto de la sabiduría– y el conocimiento de los seres verdaderos. En este caso, el Dios nos ordena conocernos a nosotros mismos, no para entregarnos al estudio de la filosofía, sino para alcanzar el bien mediante la adquisición de la sabiduría. En efecto, encontrar nuestra esencia real y conocerla verdaderamente es adquirir la sabiduría, ya que lo propio de la sabiduría es tener la ciencia verdadera de la esencia real de las cosas, y la posesión de la sabiduría conduce al bien verdadero.

[...]

Puesto que al descender aquí abajo nos revestimos del hombre exterior y que caemos en el erro de creer que lo que vemos de nosotros somos nosotros mismos, el precepto “Conócete a ti mismo” es muy apropiado para hacernos conocer las facultades que constituyen nuestra esencia. Platón, al mencionar en el *Filebo* el precepto “Conócete a ti mismo”, distingue a este respecto tres especies de ignorancia. La ignorancia de sí mismo es un mal sobre todos los demás, bien porque se ignora la grandeza y la dignidad del hombre interior al rebajar este principio divino, bien porque se ignora la bajeza natural del hombre exterior al cometer el error de glorificarlo. Por esto se ha dicho que la naturaleza se burla de toda cosa mortal,

Como, en la orilla del mar, un niño  
que en sus manos delicadas levanta castillos de arena,  
los empuja después con el pie y burlándose, los deja confusos.

Así ocurre con todo aquél que por ignorancia de sí mismo, exalta su exterior glorificado aunque este no vele la naturaleza que lo ha formado. Porque admira la maestría de las cosas como si la naturaleza las hubiera hecho jugando, mientras que esta estima cada una de las cosas en su verdadero valor y no participa del error de quienes se exaltan sobre cualquier medida. El precepto “Conócete a ti mismo” se aplica entonces a la apreciación de todas nuestras facultades, ya que nos manda conocer la medida de cada cosa. Este precepto parece significar que es necesario conocer nuestra alma y nuestra inteligencia, porque constituyen nuestra esencia. En fin, conocernos perfectamente es conocernos a nosotros mismos, conocer lo que es nuestro y lo que se refiere a lo que es nuestro.

Tiene razón Platón al recomendarnos en el *Filebo* que nos separemos de todo lo que nos rodea y nos es ajeno, con el fin de conocernos a fondo a nosotros mismos, de saber qué es el hombre inmortal y qué es el hombre exterior, imagen del primero, y lo que pertenecer a cada uno. Al hombre interior pertenece la inteligencia perfecta, que constituye al hombre mismo y que nos es innata. Al hombre exterior pertenece el cuerpo con los bienes que le conciernen. Es preciso saber cuáles son las facultades propias de cada uno de los dos hombres y cuales le corresponden a cada uno, para no preferir la parte mortal a la parte inmortal y convertirse así en objeto de lástima y de risa en la tragedia y la comedia de la vida insensata. Finalmente, para no otorgar a la parte inmortal la bajeza de la parte mortal y hacernos miserables e injustos por ignorancia de lo que debemos a cada una de las dos partes.